

Huir

Un cuento de
Diego Damián Martínez



Agradecimientos:
A Yamina Seija, por el acompañamiento
A Mauricio Russo, por la fotografía de la portada

Dedicatoria:
A Alba, por convivir con mi burbuja
A toda mi familia y amigos

A Santi

© Huir
© Diego Damián Martínez
Todos los derechos reservados

Agosto 2020

Huir

Un cuento de
Diego Damián Martínez



[fragmento]

El río murmuraba todos los secretos de mi infancia, como si nada hubiera pasado. Era el de siempre, el de los días de pesca con mi papá y el de los campamentos con mis amigos. Nadie hubiera dicho de las cosas que pasaron aquí, en la costa del Uruguay.

Volví a mi pueblo a principios de marzo, cuando el verano ya se despedía y el balneario empezaba a despoblarse de turistas. El motivo de mi regreso, después de quince años, era el festejo de los 90 años de mi abuela. Ella, de alguna u otra manera, logró mantener contacto conmigo.

—M'hijo, todos los días rezo por vos para que Dios te aguarde y te cuide —me decía a través del teléfono.

—Muy pronto iré, abuela.

—Siempre te estoy esperando. Ésta es tu casa — fingía no saber de mi visita, pero estaba al tanto;

sabía que me comunicaba desde el aeropuerto, recién bajado del avión.

—Pasame con mamá que tengo que hablar con ella. Besos, abu. Te quiero mucho.

—Yo también, mi santo. Aquí te paso con tu mamá.

—Hola má, ¿cómo andás?

—Hola Sebastián. Acá, con los preparativos.

—Me imagino. En unos minutos tomo un taxi hasta la terminal de Retiro y en un par de horas ya estaré viajando para allá.

—¿Le traés el regalo que me comentaste?

—Por supuesto. No digas nada, eh. Que esto quiero que sea una sorpresa de verdad.

El 28 de junio de 2009 se efectuó en Honduras un golpe de Estado al presidente Manuel Zelaya. Yo había ido a cubrir la crisis política de ese país, una semana antes. Estaba trabajando de enviado especial para una revista de Francia. Zelaya quería

modificar la Constitución y, para tal motivo, quería hacer una consulta popular a través de una "cuarta urna". La oposición sostenía que aquello era ilegal y que el presidente solamente buscaba validar una reelección. El día de la destitución, estallaron las protestas y la represión policial. En el medio de la trifulca, una niña recogía una orquídea del suelo. No sé por qué, algo me llevó a fotografiarla. Fue tapa de revista bajo el título: "L'Amérique latine cherche l'espoir". Aquella foto recorrió el mundo. Mi abuela pidió que la imprimieran. La tiene desde ese entonces en su mesa de luz. Pero en mala calidad y va perdiendo color con el paso del tiempo. Mi regalo es en calidad óptima, enmarcada. Me dijo, en uno de sus llamados, que mis fotos iban a salvar al mundo. Así son las abuelas.

El taxista, camino a Retiro, escuchaba una radio AM de Buenos Aires. Daban la noticia de nuevos cortes de ruta. Según el locutor, los manifestantes reclamaban *planes sociales*. Sin mirarme ni siquiera por el retrovisor, el conductor vociferaba: "Siempre lo mismo. Son todos mantenidos, vagos de mierda. Que les tiren una pala, a ver si la

agarran y saben usarla. Seguro que no. Que vuelvan a su país y que nos dejen laburar tranquilos a los que siempre trabajamos sin esperar que nadie nos regale nada. Vagos de mierda. Si esto sigue así, vamos camino a Venezuela. En otros lados del mundo, esto no pasa". Pasan otras cosas, y peores, pensé sin necesidad de decirlo.

Una vez acomodado en mi asiento del colectivo, destino a mi pueblo, en la provincia de Entre Ríos, la ansiedad de querer llegar se esfumó automáticamente. Recordé las veces que viajaba de Buenos Aires a casa y viceversa. Un trayecto repetido en mi época de estudiante universitario en la capital del país. Me hubiera gustado ver los dos ríos que se aprecian desde los puentes de Zárate — Brazo Largo; últimas ramificaciones del Paraná antes de su culminación en el Río de la Plata. Pero el trajín de bajar y subir de una variedad de transportes, desde que partí de mi casa en París, me agotó de tal manera que me dormí apenas empezamos a circular por la Panamericana.

—¡Seba!, ¿sos vos? —me despertó mi nuevo compañero de asiento, al subir en una de las últimas paradas. No lo reconocí al instante—. Soy Pedro. ¡Qué sorpresa encontrarte acá! —se trataba de un amigo de mi papá, de toda la vida.

—¡Pedro!, ¿cómo andás? Qué bueno que nos tocó viajar juntos, así me ponés al día.

—Se supone que vos me pondrías al tanto a mí. Hace bastante que no veo a Ernesto, ni al resto de tu familia.

—No sabía nada. ¿Me perdí de algo?

—Tu madre. Seguro que no te cuenta para no causarte preocupaciones.

—Puede ser, después mi hermano se ofende conmigo y me dice que vivo en una nube de pedo.

—¿Justo vos en una nube? No, ni ahí. Tenés los pies bien puestos sobre la tierra, por eso no te deben contar. Bueno, lo tendré que hacer yo. Te contaré hasta donde sé, aunque después Lidia se enoje conmigo.

—No te preocupés. Después de todo, tengo derecho a saber de mi viejo, ¿no?

—Tengo el mate acá en el bolso, ¿lo preparo y te voy contando?

—Dale, por supuesto.

—Mirá, tu papá sigue igual, por eso me distancié. Además, me mudé a Concepción del Uruguay y ahora solamente estoy viajando a ver mis nietos —interrumpe la charla para cebar y continúa—. Tu papá sigue viviendo solo en la casa del campo. Tomaba los medicamentos, pero nunca vi avances. Al contrario. Yo iba a visitarlo y nunca salió una palabra de su boca. Se limitaba a recibirme con algo para picar y... listo. Era un gesto de buen recibimiento. Nos sentábamos en el patio debajo del parral. Yo le contaba cosas, cosas sin importancia tales como las noticias del día o cosas de mi familia, bautismos de mis nietos o trabajos nuevos de mis hijos. Trataba de despertarle algún sentimiento, algo, ya sea de felicidad o rechazo. Pero nada lo inmutaba. Permanecía con la misma cara y los ojos hacia la

nada. Es como que el tiempo se detuvo en él y su espacio se redujo a los límites del terreno — volvía a cebar y me alcanzaba el mate—. Tu hermano le llevaba una caja de alimentos y de limpieza una vez a la semana. Iba y la dejaba en la entrada. Ese era su único contacto con él, vos sabés que entre tu hermano y Ernesto las cosas no siempre funcionaron bien... pero, dejó de ir. Notó que tu papá no estaba llevando las cajas adentro. Se empezó a alimentar de la huerta y de los animales de la granja...

En ese punto del relato, dejé de escucharlo. Por la ventanilla, un hecho captó toda mi atención. Le toqué la rodilla, para que vea lo mismo que estaba viendo yo: un par de gurises llevando un pez muy extraño.

Dado que el autobús iba a paso de hombre, pude apreciar gran parte del espectáculo. Era notoria la expresión de deslumbramiento en el rostro de los transeúntes que se acercaban al pescado. No era para menos. La misma expresividad estaba también en mi cara.

[fin del fragmento]

Adquiera el cuento completo en las
principales tiendas de e-books



Más información:

diegodamianmartinez.blog